

‘ABD AL-QĀDIR AL-ŶAZĀ’IRĪ, LÍDER DE LA RESISTENCIA ARGELINA, POETA Y MÍSTICO

Laila-Carmen MAHMOUD-MAKKI HORNEDO*
Universidad de Sevilla

BIBLID [1133-8571] 19 (2012) 309-344

Resumen: La figura del caudillo decimonónico de la resistencia argelina contra el invasor francés, ‘Abd al-Qādir al-Ŷazā’irī, pese a que su actividad más conocida fuera política y militar, tiene una importante faceta literaria y religiosa que en el presente artículo se pone de relieve y se analiza, a lo que se añade la traducción de una decena de poemas suyos.

Palabras clave: ‘Abd al-Qādir al-Ŷazā’irī, Argelia, siglo XIX, literatura árabe norteafricana, misticismo islámico.

Abstract: The figure of the leader of the Algerian resistance in the nineteenth century against the French invaders, ‘Abd al-Qādir al-Jazā’irī, is very well known for his political and military activity. However, he also had a literary and religious dimension we try to analyze and emphasize in the present article, including a translation of ten of his poems.

Key words: ‘Abd al-Qādir al-Jazā’irī, Algeria, 19th century, north african arabic literature, islamic mysticism

ملخص البحث: يعتبر عبد القادر الجزائري، زعيم المقاومة الجزائرية ضد الغزاة الفرنسيين في القرن التاسع عشر الميلادي، شخصية معروفة بنشاطه السياسي والعسكري. وإضافة إلى ذلك، له نشاط مهم في مجال الأدب والدين نحاول في هذه المقالة تحليله وإبرازه، مع تقديم ترجمة إسبانية لعشر مقطوعات شعرية له.

كلمات مفاتيح: عبد القادر الجزائري، الجزائر، القرن التاسع عشر الميلادي، الأدب العربي الأفريقي الشمالي، التصوف.

* makkicarmen@yahoo.es

A raíz de las revueltas árabes del 2011, nos vuelve a la memoria la vida y obra del emir ʿAbd al-Qādir (1807-1883), líder de la independencia argelina, místico y poeta, célebre por su resistencia a la conquista francesa de Argelia, así como por su nobleza y coraje, por lo que se ha convertido, en el imaginario árabe, en símbolo de resistencia y anhelo de independencia⁽¹⁾.

1. BIOGRAFÍA⁽²⁾.

- Nacimiento y origen familiar⁽³⁾.

ʿAbd al-Qādir b. Muḥyī l-Dīn al-Ḥasanī al-Ŷazāʾirī nació en 1807⁽⁴⁾ en Guetna (al-Qīṭna), departamento de Orán, cerca de Mascara (Maʿaskar), según Yver (1987: 43), o en Wādī al-Ḥammām, a unos 20 kilómetros de la ciudad argelina de Mascara, según Cornell (1995: 3). Su familia, muy conocida en la región de Garīs, era considerada descendiente del Profeta Muḥammad y una de las más influyentes en la tribu de los Hāšim que, tras haber residido largo

- (1) Este trabajo se va a centrar más en la obra literaria del emir que en otros aspectos de su vida y obra que han recibido más atención por parte de los investigadores, por lo que ha contado con el asesoramiento de la Dra. Clara M^a Thomas de Antonio, profesora de literatura árabe moderna de la Universidad de Sevilla.
- (2) Entre las mejores biografías sobre ʿAbd al-Qādir destaca la de su hijo Muḥammad b. ʿAbd al-Qādir al-Ŷazāʾirī titulada *Regalo al visitante sobre las hazañas del emir ʿAbd al-Qādir y noticias de Argelia (Tuḥfat al-zāʾir fī maʿāṭir al-amīr ʿAbd al-Qādir wa-ajbār al-Ŷazāʾir*, Alejandría 1903). Los propios argelinos la consideran la mejor y más documentada biografía de todas las que se han escrito sobre él, al ser la “historia detallada de la vida del emir, narrada por un testigo de su vida” (Cerbella, 1973: 347), y sólo se le puede reprochar que no incida suficientemente sobre el aspecto científico de su obra. Por otro lado, la biografía de Bruno Étienne, *Abdelkader. Isthme des isthmes* (1994), traza su trayectoria más secreta incidiendo sobre tres ejes: la *yihād*, o lucha contra el impío exterior y contra el impío interior o ascetismo; la *hiḡra*, o exilio voluntario, y el *kitmān*, o silencio del místico. Cf. Barbulesco (1994: 3). Y recientemente el argelino Waciny Laredj le ha retratado en su novela histórica *Kitāb al-amīr* (2004), traducida al francés por Marcel Bois con el título de *Le livre de l'emir* (2006), un gran relato realista en que analiza la compleja personalidad del emir y refuta los mitos forjados interesadamente sobre su figura. Cf. Naravas (2010: 7).
- (3) Cf. Martínez Montávez (1958: 67-68), Jašfa (1983: 71-72), Yver (1987: 43) y Cornell (1993: 3).
- (4) Varios biógrafos fechan su nacimiento en 1808, siguiendo a Léon Roches, pero la fecha del 23 de rayḡab de 1222 (1807) es la que señala su hijo en la *Tuḥfa*. Cf. Chodkiewicz, en *Abd el-Kader*, 1982: 182 n.11.

tiempo en Marruecos, se estableció en el siglo XVIII en el beylicato de Orán. Al prestigio de esta familia por su noble origen se añade el de la reputación de santidad ganada por su abuelo Muṣṭafā b. Muḥammad b. Mujtār -respetado y admirado por los hombres de esta tribu y por sus aliados, y jefe de una *zāwiya* de la *ṭarīqa* Qādiriya-, y sobre todo por su padre, Muḥyī l-Dīn. Así ʿAbd al-Qādir creció en un ambiente profundamente religioso⁽⁵⁾.

- Los años de formación (1811-1832)⁽⁶⁾

Sus cualidades empezaron a desarrollarse temprano, pues cuando aún no había cumplido los 5 años ya sabía leer y escribir; a los 12, ya podía leer el Corán, el *Hadīṭ* y los *uṣūl* de la *ṣarīʿa*; y a los 14 había memorizado el Corán. Su inicial formación intelectual, moral y espiritual se la debe especialmente a sus padres: su madre, a la que estará siempre muy unido, le enseñó las letras, y su padre le inicia en las ciencias del Islam, y podía vérselo en su biblioteca leyendo la *Muqaddima* de Ibn Jaldūn y anotando continuas observaciones. Sin descuidar su entrenamiento en las armas y el atletismo, en que rápidamente destacó, se aplicó especialmente a examinar las ciencias de la razón y la revelación. Con el cadí de Arzeu, Aḥmad b. al-Ṭāhir, estudió ciencias modernas, como astronomía, geografía o aritmética, y leyó mucho sobre asuntos europeos. Luego se unió al grupo de hombres de religión que se reunían en torno a su padre para estudiar ciencias coránicas, y llegará a ser, como su padre, literato y teólogo, incluso cuando las circunstancias le convirtieron en guerrero y jefe de estado.

Cuando tuvo la oportunidad de peregrinar dos veces a La Meca con su padre (1825-1827) conoció los movimientos reformistas del Oriente árabe y fue testigo de la situación de Túnez bajo la dinastía Ḥusaynī. Y también aprendió de la experiencia de Muḥammad ʿAlī en Egipto, pues estuvo un tiempo en El Cairo,

(5) Austero y piadoso, su religiosidad le acompañó durante toda su existencia, incluso en pleno combate contra los franceses, en que se entregaba a la oración y la meditación, en su tienda o en una mezquita -a menudo interaccionando con otros fieles- siempre que la ocasión lo permitía, y ayunaba una vez por semana. Así lo atestiguan las *Memorias* de Léon Roches, un francés que se infiltró en el núcleo de personas cercanas al emir para servir a los intereses franceses, y por ello gozó de su amistad, siendo testigo de algunos de sus éxtasis. Y cuando el emir supo de su traición, sólo sintió tristeza y desprecio, pero no cólera. ʿAbd al-Qādir también peregrinará a La Meca, tanto en su juventud como durante su exilio en Damasco en 1863. Cf. Chodkiewicz, en *Abd el-Kader*, 1982: 16-18 y 25.

(6) Cf. Jašfa (1987: 72), Barbulesco (1994: 3), Naravas (2010: 3) e Yver (1987: 43).

durante el cual pudo entrevistarse con él. Además viajó por el Ḥiḡāz y luego por Iraq. Él y su padre entraron en contacto con la *ṭarīqa* Qādirīya⁽⁷⁾ del *ṣayj* Maḥmud al-Qādirī. Y residió varios meses en Damasco, que pasó en compañía del círculo del *ṣayj* ʿAbd al-Raḥmān al-Kuzbarī.

Enviado por el padre a Orán, volvió sintiendo que los turcos eran débiles política y militarmente. Su padre, reconocido abiertamente como jefe por los descontentos del norte de la provincia, fue arrestado por el Dey Ḥasan, pero logró permiso para abandonar Argelia. Entonces marchó a Arabia, llevándose consigo a ʿAbd al-Qādir, que pasó dos años (1827-1829) viajando por Oriente.

- La lucha por la independencia de Argelia (1832-1847)⁽⁸⁾

Cuando padre e hijo volvieron a Argelia en 1829, al principio pretendieron vivir retiradamente, pero los acontecimientos que siguieron a la toma de Argel por los franceses en 1830 les dieron la oportunidad de colocarse a la cabeza de las tribus y posicionarse como adversarios irreconciliables de los turcos. Cuando ʿAbd al-Qādir impidió que su padre ayudara al Dey Ḥasan de Orán, éste se vio obligado a someterse a Francia. El padre, aunque declinó el honor de ser el jefe supremo de sus compatriotas, tomó el mando de las tropas que estaban luchando contra la guarnición francesa de Orán. En el curso de esas expediciones, ʿAbd al-Qādir demostró mucho coraje y causó admiración por su habilidad montando a caballo y por su frialdad.

ʿAbd al-Qādir entra en la historia tras la ocupación francesa de Argel el 5 de julio de 1830⁽⁹⁾. Al llegar las fuerzas francesas a las costas argelinas, se

(7) Cofradía fundada por ʿAbd al-Qādir al-Ġīlānī (m. 1116). Cfr. Chodkiewicz (en *Abd el-Kader*, 1982: 25).

(8) Cf. Yver (1987: 43-44; y 1919: 98, 101), Cornell (1995: 3), Jaśfa (1983: 71-72), Martínez Montávez (1958: 67), Epalza (1976-76: 230-231), Calberg (2010: 2-3), Chodkiewicz (en *Abd el-Kader*, 1982: 19-20, 35, 182n12), Ḥaqqī (en al-Ġazāʾirī, 1964: 8) y Barbulesco (1994: 5, 7).

(9) La ocupación de Argelia se produjo cuando era rey de Francia Carlos X (1757-1836), que estaba hundido en las desgracias hasta la cabeza: Había perdido sus colonias en el continente americano en la guerra de los siete años con Gran Bretaña, lo que provocó contra él una terrible indignación dentro de la propia Francia, que condujo posteriormente a su deposición; además, se le habían acumulado las deudas externas, incrementadas por los precios del grano y las materias alimenticias que compraba a Argelia, sin poder saldarlas... Y buscó la solución a esas crisis atrayendo las miradas hacia sus victorias militares en el exterior. Para justificar su ataque a Argelia, se valió de un incidente diplomático: en una entrevista con el Dey

reunieron las tribus árabes establecidas en el área de Orán, y en 1832 nombraron jefe a su padre, que proclamó la *ŷihād* contra los invasores. Pero la enfermedad le forzó, en noviembre de 1832, a dejar el control de la resistencia anticolonial. Como las cualidades de ʿAbd al-Qādir, que contaba con 24 años y era además diestro jinete y amante de los caballos, le habían hecho digno del liderazgo y objeto de la confianza de su padre, persuadió a las tribus para que le reconocieran como líder. Así ʿAbd al-Qādir fue proclamado, el 21 de noviembre de 1832, “sultán de los árabes” por las tribus de los Hāšim, los Banū ʿĀmir y los Garāba. Sin embargo, como deferencia al Jerife de Fez, cuya hostilidad temía excitar, ʿAbd al-Qādir rehusó hacer uso de dicho título y se contentó con el de emir. Poco después, en 1833, moriría su padre.

La vida política del emir al-Ŷazāʿirī puede dividirse en tres períodos:

- Primer período: desde que fue proclamado sultán hasta el Tratado de Tafna (1832-1837).

En este primer periodo trató de poner todo el beylicato occidental de Orán bajo su mando. Tomando como capital Mascara, proclamó la guerra santa en toda la provincia. Al principio no tuvo suerte porque tuvo que luchar contra los franceses y a su vez someter a sus rivales musulmanes. Sin embargo, logró tomar Tremecén (Tilimsān), aunque no pudo tomar la mejor parte a los turcos, que ocupaban la ciudadela, el *Mišwar*. A pesar de los resultados mixtos en el campo de batalla, esta táctica impidió a los franceses la “pacificación” de Argelia y les llevó a entrar en negociaciones con ʿAbd al-Qādir y firmar el Tratado de Desmichel el 26 de febrero de 1834, un ambiguo tratado con considerables diferencias entre los textos árabe y francés, que se saldó en beneficio de ʿAbd al-Qādir. Reconocido como emir de los creyentes (*amīr al-muʿminīn*), ʿAbd al-Qādir fue capaz de extender su autoridad hasta las puertas de

argelino, el cónsul francés Pierre Deval había sido azotado con un matamoscas por la apropiación indebida del dinero que Francia había pagado por los cereales. Con este pretexto, el 25 de mayo de 1830, la flota del almirante Duperré dejaba Toulon, y comenzaba la conquista de Argelia: El 14 de junio de 1830 la flota, que transportaba un cuerpo expedicionario de 30.000 hombres del general Bourmont, se presentó ante la bahía de Sidi Ferruch (Sīdī Farrūḡ), y el 5 de julio la ciudad de Argel se rendía. Este choque sacudió a la sociedad argelina, repercutiendo en campos y montañas. Se produjo estupor, desfondamiento y lágrimas en unos, y sentimientos de venganza y rencor en otros. Cf. Jašfa (1983: 71-72), Grünebaum (1981: 374), Dejeux (1982: 19-20) y Chodkiewicz (en *Abd el-Kader* 1982: 19).

la propia Argel (al-Ŷazāʿir) hacia mediados de 1835, logrando la posesión de todo el beylicato de Orán (Wahrān), a excepción del propio Orán, Arzeu (Arzāw) y Mostaganem (Mustagānim), aunque fue autorizado a designar cónsules en dichas ciudades y en Argel y a proveerse de armas y municiones.

Así, con el consentimiento de Francia, se convirtió en gobernador legítimo de los musulmanes occidentales de Argelia. Su alianza con Francia le hizo triunfar sobre sus rivales musulmanes que se habían levantado contra él en virtud del Tratado que acababa de firmar. Entonces se dedicó de inmediato a someter aquellas partes del país en que no estaban ya establecidos los franceses. A pesar de las protestas del gobernador General Drouet d'Erlon, tomó posesión de Médéa (Mīdyā) y Miliana (Milyāna), dejando una guarnición y lugartenientes en ellas. De vuelta a la provincia de Orán, impelido por el paso de sus adueros y *smālas*⁽¹⁰⁾ a los franceses, comenzó las hostilidades contra el General Trézel que había rehusado entregarle a los rebeldes, consiguiendo la victoria de Macta el 26 de junio de 1835. Sus continuas revueltas por la autonomía de Argelia llevaron a los franceses a reanudar las hostilidades contra él: los generales franceses Clauzel y Bugeaud contraatacaron, incendiando Mascara, ocupando Tremecén y logrando una victoria contra el ejército de ʿAbd al-Qādir en Wādī Sikkāk el 6 de julio de 1836.

Aunque abandonado por sus tropas tres veces, el emir logró reagrupar con éxito a sus fuerzas tribales y continuó infligiendo grandes pérdidas a los franceses. El deseo francés de proteger su flanco occidental, mientras perseguían la conquista de Constantina, llevó al gobierno del rey Luis-Felipe a negociar de nuevo, y gracias a su habilidad diplomática ʿAbd al-Qādir logró que el General Bugeaud⁽¹¹⁾ firmara el Tratado de Tafna del 30 de mayo de 1837, por

(10) Waciny Laredj describe su *smāla* como una ciudad transportada a lomo de bestias y organizada en círculos concéntricos, invención del espíritu místico de su jefe cuya tienda ocupaba el centro; el emir era un resistente que transportaba consigo a toda una población, material de guerra, alimentos para caballos y hombres, y material espiritual, como una biblioteca de cerca de 500 libros. Cf. Naravas (2010: 2-3).

(11) Según Chodkiewicz (en *Abd el-Kader*, 1982: 15-16), Bugeaud consideraba a ʿAbd al-Qādir “un hombre de genio que la historia debe colocar al lado de Yugurta”. Se había encontrado con el emir el 30 de mayo de 1837, tras la firma del Tratado de Tafna, y el día siguiente, en carta enviada al Conde Molé, presidente del Consejo, describe así al emir: “Es pálido, y se parece bastante a la imagen que se suele dar de Jesucristo”. Y esa impresión no era sólo producto de su apariencia física, pues Bugeaud le reconocía una enorme grandeza que trató

el que se dividió el occidente de Argelia en dos esferas de influencia: las áreas urbanas quedaban en manos de Francia, mientras las partes del interior de las provincias de Orán, el beylicato de Titteri (Tīṭarī) y parte de la provincia de Argel fueron entregadas a ʿAbd al-Qādir. Así, sin concesiones por su parte, extendía sus dominios incluso más allá de los límites del Tratado de Desmichel: casi toda la provincia de Orán, una parte considerable de la de Argel y el beylicato de Titteri entero, es decir, casi dos tercios de Argelia.

- Segundo período: del Tratado de Tafna hasta la ruptura de la paz (1837-1839).

Los dos años que siguieron al Tratado de Tafna los empleó ʿAbd al-Qādir en fortalecer su autoridad. Derrotó dos veces a las tribus de Titteri, que habían rehusado pagar sus tasas, y forzó su sumisión. A pesar del tratado, que ponía la provincia oriental bajo la influencia de Francia, ʿAbd al-Qādir puso lugartenientes en Miliana, Ziban (Zibān) y Lagwat (al-Agwāṭ). Sólo trató de resistirse el marabut Muḥammad Tīṭānī, que era muy influyente en el Sahara, pero ʿAbd al-Qādir fue en persona a atacar su fortaleza (*Qṣar*) de ʿAyn-Mahdī y, tras un sitio de cinco meses -del 11 de julio al 17 de noviembre de 1838-, logró tomarla⁽¹²⁾. La conquista de esta plaza, en la que nunca habían penetrado los turcos, hizo pensar a los jefes nativos que ninguno de ellos estaba en situación de negarse a obedecer a ʿAbd al-Qādir.

Así, tras crear un estado musulmán por las armas y la diplomacia, trató de introducir el orden en la anarquía que reinaba tras la caída del gobierno turco. Se ocupó personalmente de formar un ejército capaz de resistir a los cristianos. A los contingentes tribales, bravos pero indisciplinados, añadió un ejército regular formado por infantería, caballería y artillería, con soldados enrolados como voluntarios y pagados por el beylicato. Su instrucción fue confiada a soldados tunecinos y tripolitanos, y también a desertores del ejército francés. Reguló uniforme, paga, comida, jerarquía, promoción, disciplina y condecoraciones de los soldados. Para proporcionarles la manutención necesaria estableció silos de grano. También organizó fábricas de armas en Miliana, Tremecén y Takdempt,

de definir en otra carta del 1 de enero de 1846: “Es una especie de profeta. Es la esperanza de todos los musulmanes fervientes”.

(12) Cfr. la carta del emir al capitán Daumas en que se refiere a este episodio en Yver (1919: 93-98).

construyó y reparó fortalezas, tanto para resistir a los cristianos como para mantener la sumisión de las tribus, y llegó a acuñar moneda y a organizar un formidable servicio de información, por el que recibía los periódicos franceses en Takdempt y se los hacía leer por su entonces amigo Léon Roches.

- Tercer período: Desde la reanudación de las hostilidades con Francia hasta su renuncia voluntaria (1839-1847).

Pero ‘Abd al-Qādir y los franceses no pudieron entenderse en la interpretación de ciertas cláusulas oscuras del Tratado de Tafna. El Mariscal Vallée abrió negociaciones con el emir a fin de modificar el Tratado, pero no llegaron a un acuerdo. Y poco después de esos desacuerdos, la expedición “Puertas de Hierro” -en el curso de la cual el ejército francés, mandado por el Mariscal Vallée y el Duque de Orleans, pasó de este a oeste a través de toda la provincia de Constatina- fue considerada por ‘Abd al-Qādir como una violación del Tratado de Tafna. Entonces declaró la guerra santa en Médéa y comenzó las hostilidades ordenando a su lugarteniente Ben Salem invadir la Mitidja (Mitīya), cuyas granjas fueron saqueadas y sus colonos, masacrados el 20 de noviembre de 1839. Desde entonces hubo guerra a muerte entre el emir y Francia.

Frente a la traición de ‘Abd al-Qādir, Bugeaud fue nombrado gobernador general de Argelia el 30 de diciembre de 1840. Enviando columnas móviles al territorio argelino, logró ocupar la mayoría de las ciudades del Oranesado y Tremecén (1841-1843). Entre 1840 y 1841 ‘Abd al-Qādir perdió muchas posiciones fortificadas, pero fue en 1842 cuando el Mariscal Bugeaud le dio un golpe irreparable, tomando todas sus fortalezas una tras otra: Boghar (Bugār), Taza (Tāza), Takdempt, Mascara y el valle del Chelif (Šalīf). Aunque aún se mantenía en la zona occidental, la ocupación de Tremecén y el distrito de Nedroma (Nadrūma) le obligó a replegarse hacia el sur. Y al año siguiente recibió el golpe decisivo, cuando parte de su *smāla*, su “capital viajera”, fue tomado por sorpresa el 16 de mayo de 1843 por el Duque d’Aumale en Taguine, a medio camino entre Médéa y Lagwat. Encerrado por las columnas francesas, y abandonado por la mayoría de sus partidarios, que se rindieron a los franceses, el emir tuvo que refugiarse en Marruecos.

Sin embargo, no se dio por vencido, pues desde allí propagó la insurrección y, por medio de intrigas, logró la ruptura entre Francia y Marruecos, pensando que la división le facilitaría las cosas. Mas el ejército del Jerife marroquí fue derrotado por el Mariscal Bugeaud en la batalla de Isly el 12

de agosto de 1844, y por el Tratado de Tánger del 10 de septiembre de 1844 el sultán se comprometió a entregar al emir. Pero esta cláusula no se cumplió, y ʿAbd al-Qādir se quedó acantonado cerca de la frontera argelina, esperando acontecimientos. Aprovechó los movimientos de insurrección que tuvieron lugar en 1846 para retomar las hostilidades haciendo una incursión en el territorio de las cabilas, pero tuvo que retirarse de nuevo a Marruecos perseguido por columnas francesas sin tregua⁽¹³⁾.

Finalmente, el sultán de Marruecos, obedeciendo los repetidos requerimientos de Francia, decidió mandar un fuerte ejército contra él, y ʿAbd al-Qādir, que estaba al límite de sus recursos, ofreció su sumisión al general Lamoricière con la condición de que se le permitiese retirarse con su familia a Alejandría o a San Juan de Acre. Esta petición fue aceptada, y el emir se entregó a los franceses el 23 de diciembre de 1847⁽¹⁴⁾. Y, a partir de su rendición, su vida tomará una orientación muy distinta.

- Exilio y muerte (1847-1883)⁽¹⁵⁾

Pero las circunstancias retrasaron el cumplimiento de esta promesa. El emir había sido llevado a Toulon⁽¹⁶⁾, desde donde se le debería embarcar hacia Oriente. Estaba aún en el fuerte Lamalgue cuando estalló la revolución de 1848 en Francia, por lo que el Gobierno Provisional no consideró oportuno ratificar las promesas hechas por Lamoricière y el Duque d'Aumale, y ʿAbd al-Qādir

-
- (13) Aunque los ataques franceses a las ciudades de Tánger y Mogador (Mūgādūr) (1844) forzaron al sultán de Marruecos, ʿAbd al-Rahmān (1822-1859), a declarar al emir fuera de la ley, éste apareció de nuevo en Argelia en 1846 a la cabeza de una numerosa insurrección clandestina organizada. Pero, a pesar de la victoria en Sīdī Brahīm el 23 de septiembre de 1846, el contraataque francés aplastó su revuelta y le forzó a retroceder hasta la frontera de Marruecos. Cf. Cornell (1995: 3) y Bennison (1996: 310).
- (14) Años más tarde, en la segunda década del s. XX, la bandera de su lucha la recogerá su nieto, el emir Jālid, que será considerado como el verdadero precursor del nacionalismo argelino organizado (Dejeux, 1982: 39). Y a pesar de las controversias sobre su relación con Francia, ʿAbd al-Qādir será considerado el primer héroe de la Argelia independiente, y su bandera verde y blanca se convertirá en la bandera nacional argelina (Calberg, 2010: 3).
- (15) Cf. Yver (1987: 44; 1919: 98), Cornell (1995: 3), Calberg (2010: 2-3), Chodkiewicz (en *Abd el-Kader*, 1982: 19-20, 35, 182n12), Ḥaqqī (en *al-Ŷazāʿirī*, 1964: 8), Martínez Montávez (1958: 67) y Barbulesco (1994: 5, 7).
- (16) El emir abandona Argel en la fragata L'Asmodée, acompañado de una corte de 97 personas: 61 hombres, 21 mujeres y 15 niños de ambos sexos, entre los que se encontraban su madre, sus tres esposas, dos de sus hijos y sus nueras (<http://intime-fratemitte-tulle.com/planches/Abd%20El%20Kader.html>).

quedó cautivo en Francia. Tras su paso por Toulon, fue confinado en el castillo de Pau⁽¹⁷⁾, y finalmente en el castillo de Amboise⁽¹⁸⁾ -donde puede verse aún su retrato- del 3 de noviembre de 1948 hasta el 16 de septiembre de 1852, en que Luís Felipe fue en persona a anunciarle su liberación. Tras comprometerse a no resistir a los franceses en Argelia, fue liberado de la prisión y recibió una pensión de 100.000 francos. Y el emir cumplió muy escrupulosamente en todas las circunstancias sus promesas a Francia.

Tras una corta estancia en París, eligió exiliarse en el Imperio Otomano, regido por musulmanes, y llegó a Estambul el 7 de enero de 1853. Poco después se instaló primero en Brusa (Anatolia), donde residió de 1853 a 1855 y, tras un terremoto que destruyó esa ciudad, se estableció finalmente en Damasco (1855) con el permiso de los gobiernos turco y francés, donde vivirá, hasta su muerte, dedicado al estudio, la escritura, las prácticas religiosas y la educación de sus hijos, y haciendo algunos viajes a Jerusalén, La Meca, Estambul, Europa y Egipto.

Cuando ^ʿAbd al-Qādir llega a Damasco acompañado de un centenar de personas, le esperaba un amplio cortejo de dignatarios; y, seguido de esa escolta oficial un poco desconcertada, se dirigió en primer lugar a la tumba de Ibn ^ʿArabī, “el más grande de los maestros espirituales” que, nacido en al-Andalus, terminó su vida en Damasco, instalándose luego en el barrio de al-^ʿAmāra, en la casa en la que había muerto Ibn ^ʿArabī en 1240, que puso a su disposición el

(17) Estuvo en el castillo de Pau durante seis meses, del 26 de abril a 3 de noviembre de 1948. Prisionero allí, atrajo a distintas personalidades que le conocieron mejor y vieron que, además de jefe militar, era un hombre político, filósofo, teólogo, escritor y poeta. Tras el trato recibido, cuando le trasladan a Amboise dice: “En Pau dejo un poco de mi corazón” (<http://intime-fraternite-tulle.com/planches/Abd%20El%20Kader.html>).

(18) En 1850, en su cautiverio en Amboise, el emir no disponía de su biblioteca, pues los preciosos manuscritos que había ido amasando habían sido dispersados o destruidos por la soldadesca tras la toma de su *smala*, y apenas contaba con unos pocos libros en árabe (Chodkiewicz, en *Abd el-Kader*, 1982: 21). Sin embargo, mantuvo en Amboise una especie de salón literario, filosófico y religioso, al que acudían personalidades de todo tipo, y escribió *Dikrā al-ʿāqil*, donde muestra su respeto por ideas y religiones diferentes, una gran erudición y haber leído, entre otros, a Platón y a Aristóteles. Mediante sus escritos, conferencias y conversaciones, sus ideas innovadoras y tolerantes se expandieron, adquiriendo una notoriedad que hizo de ^ʿAbd al-Qādir un huésped amado de Francia, lo que llevó a los francmasones del Gran Oriente francés a interesarse por él (<http://intime-fraternite-tulle.com/planches/Abd%20El%20Kader.html>).

gobernador ʿIzzat Bāšā.

En Damasco, su postura fue ya decididamente francófila, según Martínez Montávez (1958: 67). Cuando los insurgentes drusos trataron de masacrar a la población cristiana en 1860, ʿAbd al-Qādir, con la ayuda de un grupo de emigrados argelinos que le habían seguido hasta allí, libró al cónsul francés y salvó a cerca de 1.500 personas. El Gobierno francés recompensó esta conducta concediéndole la Gran Cruz de la Legión de Honor y aumentando su pensión, y Abraham Lincoln le regaló, por su gesto con los cristianos, varias escopetas que hoy se exhiben en el Museo de Argel.

Según Chodkiewicz (en *Abd el Kader*, 1982: 35), su ayuda a los cristianos es coherente con su seguimiento de la doctrina akbarí de la “universalidad”, según la cual todos, sean de la creencia que sean, sólo adoran a un Dios único. Además, en esta época de Damasco establece contacto con la francmasonería y se afilia a una de sus logias⁽¹⁹⁾. Tal vez en la convicción, propia de esas logias, de que no debe haber enfrentamientos entre las tres religiones monoteístas surgidas de la revelación hecha a Abraham pueda encontrarse otra de las razones de su fidelidad a Francia, su apoyo a los cristianos de Damasco o su aprobación al proyecto del Canal de Suez de Lesseps, a cuya inauguración acudió en 1869. Pero su periodo damasceno ha interesado menos a los historiadores que el de su lucha por la independencia. Por ello, para comprender otras facetas de la personalidad de ʿAbd al-Qādir, es interesante el relato que

(19) En París entra en contacto con la fraternidad del Gran Oriente, como prueban varias cartas que el emir dirige a miembros de la logia *Enrique IV*. Había mantenido contactos con diferentes obediencias masónicas en su etapa de cautiverio en Amboise y, tras su defensa de los cristianos de Siria en 1860, son muchas las logias que le proponen su iniciación. Finalmente elegirá la logia *Enrique IV*, pero por su lejanía física es iniciado en Alejandría en la logia *Las Pirámides de Egipto*, en nombre de aquella, el 18 de junio de 1864. Pero, al residir en Siria, va a frecuentar la logia *El Oriente* de Damasco, y allí recibe a los hermanos de la de Alejandría cuando están de paso por la ciudad. Más tarde, invitado a París por Napoleón III, visitará Amboise el 28 de agosto de 1865, donde recibirá a dos delegaciones masónicas y declarará que, cuando los principios de la masonería se extendieran por el mundo entero, todos los pueblos vivirían en paz y fraternidad. Por esa actitud abierta y respetuosa, la Biblioteca del Instituto del Mundo Árabe de París, le describe así: “Fundador de un estado moderno, humanista y místico, no cesa de trabajar por el acercamiento entre Oriente y Occidente y el diálogo entre culturas y religiones”. Posteriormente varios de sus hijos y nietos se unirán a distintas logias. Cf. Chodkiewicz (en *Abd el-Kader*, 1982: 184n16); Calberg (2010: 3); <http://intime-fraternite-tulle.com/planches/Abd%20El%20Kader.html>; (http://www.imarabe.org/perm/biblio/bibliographie-abd_el-kader.html).

hace C. H. Churchill⁽²⁰⁾ de una jornada normal en la vida del emir en Damasco:

Se levanta dos horas antes del alba y se da a la oración, a la meditación religiosa hasta la salida del sol. Entonces va a la mezquita. Tras pasar una media hora en devociones públicas, vuelve a su casa, toma una rápida colación, y luego trabaja en su biblioteca hasta media mañana. La llamada del muecín le lleva de nuevo a la mezquita, donde su clase ya está reunida esperando su llegada. Toma asiento, abre el libro elegido como base de discusión y lee en alto, siendo interrumpido constantemente por las demandas de explicación, que él da abriendo esos tesoros múltiples de estudios laboriosos, investigaciones y búsquedas que ha acumulado a lo largo de su agitada existencia. La sesión dura tres horas.

Tras la oración del mediodía, 'Abd al-Qādir vuelve a su hogar y pasa una hora con sus hijos -sus ocho hijos- examinando los progresos que han hecho en sus estudios. Luego cena. Y, al ponerse el sol, está de nuevo en la mezquita, donde instruye a su clase durante hora y media. Su tarea de profesor acaba por ese día, y aún tiene dos horas por delante que pasa en su biblioteca, después de lo cual se retira a descansar (cit. por Chodkiewicz, en Abd el-Kader, 1982: 19-20).

Finalmente, dedicado a estudios de tipo religioso y apartado por completo de la actividad política, murió a los 75 años la noche del 25 a 26 de mayo de 1883, veintisiete años después de su llegada a Damasco. Su cuerpo fue llevado a la Mezquita de los Omeyas, donde dirigirá la plegaria por los muertos uno de sus admiradores, el *šayj* Muḥammad al-Jānī, y luego fue conducido a la tumba de Ibn 'Arabī en el monte Qāsiyūn, cerca de la cual será inhumado. Así su etapa damascena se abre y se cierra cerca de esa tumba. Sin embargo, tras la independencia de Argelia, su cuerpo será trasladado a Argel y enterrado el 5 de julio de 1966 en el Cementerio de los Mártires (*šuhadā'*), según la biografía de su hijo.

(20) Charles-Henry Churchill conoció al emir en 1853 y luego residió en Damasco durante el invierno de 1859-1860, manteniendo diversas entrevistas con él, según cuenta Chodkiewicz (en Abd el Kader, 1982: 181n.1), gracias a lo cual podrá escribir *Life of Abd el-Kader* (1867), que Michel Habart ha traducido al francés: *La Vie d'Abdel Kader* (Argel, 1981).

2. SU PRODUCCIÓN LITERARIA Y MÍSTICA⁽²¹⁾

En su tiempo, los principales focos de la literatura árabe están en Egipto, en la zona siro-libanesa y en Iraq. En el Magrib sólo se mantiene una mínima actividad literaria, con algunas figuras destacadas en Túnez -Maḥmūd Qābādū (m. 1871) y al-Masʿūdī (1811-1880)- y en Marruecos -Muḥammad al-Marrākūšī (m. 1877)-, aunque la principal figura será la del emir argelino ʿAbd al-Qādir.

En Argelia, el inicio de la conquista francesa en 1830 va a polarizar la inspiración poética. Y si la élite intelectual, hundida por la derrota y poco preparada para hablar al pueblo, guardó silencio, bien por razones políticas o porque no quería registrar en árabe clásico la afrenta y humillación sufrida, los poetas populares se ocuparon del acontecimiento en sus respectivos dialectos, convirtiéndose en los portavoces del pueblo y reforzando su resistencia moral⁽²²⁾. Unos poetas lamentan en sus elegías el bienestar y el paraíso perdido, mientras otros prefieren mantener la moral del pueblo, recordando las hazañas de los antepasados, galvanizando el orgullo nacional, excusando la derrota o convirtiéndola en gloria para los vencidos, siempre en relación con sus aspiraciones milenarias a la independencia y la unidad. Entonces se busca a hombres fuertes y valientes que se enfrenten al invasor, que en este caso será ʿAbd al-Qādir. Los propios escritores argelinos señalan que, si ʿAbd al-Qādir es considerado por su talento de estrategia y hombre de estado como “el Napoleón del desierto (...) cuya silla de montar era su trono” (Cerbella, 1973: 347),

(21) Cf. Martínez Montávez (1958: 67; 1985: 35, 37), Dejeux (1982: 21-24), Cerbella (1973: 347-48), Yver (1987: 44-45), Pérès (1969: 34), Jašfa (1983: 74), Cornell (1995: 4) y Chodkiewicz (en *Abd el-Kader*, 1982: 21).

(22) El poeta cumple en la sociedad argelina un papel similar al poeta en la sociedad árabe previa al Islam: es el historiógrafo de su tribu, que alaba sus hazañas y su noble genealogía y cubre de oprobios a la tribu enemiga. Por ello tiene un papel capital en su sociedad. Los géneros principales en Argelia fueron la poesía épica y la elegía. En la poesía épica el poeta va a reavivar el sentimiento de honor individual y tribal recordando las grandezas del pasado y las gestas de sus ancestros árabes, especialmente las de la época del Profeta y de las primeras conquistas. En las elegías suelen señalar las razones de la derrota y expresar su dolor por la libertad perdida y el viejo orden social subvertido. En general, en esta poesía toda la responsabilidad de la agresión recae en el vencedor, la derrota se explica por la traición de los jefes y de ciertas tribus vendidas a los enemigos, y el honor y la valentía quedan a salvo porque los campeones del pueblo han combatido con tenacidad y heroísmo. Cf. Dejeux, 1982: 9-10, 20, 26, 33.

también es cierto que su pluma era la enseña de su autoridad, su talento y su sabiduría.

Hay mucha bibliografía sobre su vida político-militar⁽²³⁾, pero se ha dedicado menos atención a su producción literaria y mística⁽²⁴⁾, parte de la cual sigue inédita o se desconoce, aunque en las últimas décadas se le ha dedicado más atención. Entre sus obras destacan las siguientes:

- **Recreo de la mente en la poesía del Emir** *ʿAbd al-Qādir (Nuzhat al-jāfir, ft qarīd al-amīr ʿAbd al-Qādir)*. ʿAbd al-Qādir dio mucha importancia a la cultura intelectual y escribió poesías de diverso tipo, que han sido reunidas en este volumen publicado en El Cairo en 1903. Gran parte de sus poemas han sido editados en árabe por Mamdūh Ḥaqqī, con el título de *Dīwān al-Amīr ʿAbd al-Qādir al-Ŷazāʿirī* (Beirut, 1964) y son pocos los poemas traducidos a lenguas europeas.

- **Mención del inteligente, aviso al indiferente** (*Dikrā l-ʿāqil wa-tanbīh al-gāfil*, Beirut, s.d.). Durante su estancia en Brusa escribió este tratado que fue publicado en Beirut⁽²⁵⁾. Se trata de una epístola de tendencia netamente

- (23) Entre las abundantísimas obras de diversos cariz sobre la faceta histórico-política de tan fascinante personaje, imposibles de recoger aquí, destacan las siguientes: Al-ʿArabī, Ismāʿīl: *Al-amīr ʿAbd al-Qādir al-Ŷazāʿirī* (Argel, 1984); Azan, Paul: *L'Emir Abd el-Kader, du fanatisme musulman au patriotisme français* (París, 1925); Barbulesco, Luc: *La vie exemplaire d'Abdelkader ou "Ce jour-là, les croyants se réjouiront". Lecture-discussion de Bruno Étienne* (París, 1994); Bellemare, Alex: *Abd el-Kader, sa vie politique et militaire* (París, 1863; reed. Saint-Denis Bouchéne, 2003); Danzinger, R.: *ʿAbd al-Qādir and the Algerians* (Nueva York y Londres, 1977); Dupuch, A.: *Abd el-Kader au Château d'Amboise* (Bordeaux, 1849); Étienne, Bruno: *Abdelkader. Isthmes des isthmes (Barzakh al-barazikh)* (París, 1994); Kateb, Yacine: *Abdelkader et l'indépendance algérienne* (Argel, 1983); Lacroix, A. de: *Histoire privée et politique d'Abd el Kader* (París, 1849); Lataillade, Louis: *Abd El-Kader: adversaire et ami de la France* (París, 1984); Le Gras, Joseph: *Abd el Kader* (París, 1929); Roches, Léon: *Dix ans à travers l'Islam*. (París, 1904); y *Trente-deux ans à travers l'Islam* (París, 1884-1885); o Sahli, Mohamed Chérif: *Abdelkader, chevalier de la foi* (Argel, 1984).
- (24) Muchas traducciones de sus poemas y escritos sufíes puede encontrarse, por ejemplo, en *Écrits Spirituels*, presentados y traducidos del árabe por Chodkiewicz en 1982, o en *Poèmes métaphysiques*, traducidos y presentados por Gilis en 1983. Otra obra que estudia su mística es la de Ŷawād al-Murābiṭ, titulada *Al-taṣawwuf wa-l-amīr ʿAbd al-Qādir* (Damasco, 1966). Además, Mohamed Souheil Dib ha publicado *L'Un et le multiple: pour une nouvelle lecture de la poésie mystique de l'Emir Abdelkader* (Argel, 2002).
- (25) Según Chodkiewicz (en *Abd el-Kader*, 1982: 184n16), fue redactada en Brusa en respuesta a una petición de la Sociéte Asiatique, y es un elogio de la ciencia, en especial de la ciencia de

filosófica de marcada raíz religiosa, con un propósito más místico que didáctico, que envió a la Societé Asiatique de París cuando le hicieron miembro de ella: en la primera parte critica el carácter y naturaleza de la filosofía y la religión, y en la segunda revisa la historia de las naciones que han mostrado un marcado gusto por la ciencia.

- **Libro de las paradadas** (*Kitāb al-mawāqif/ Livre des haltes*). Es su más importante obra sufí, mezcla de poesía y prosa. Se trata de un extenso discurso sobre las doctrinas de Ibn ‘Arabī, escrito en Damasco y editado en 1966. Igonetti (1997: 179) y Camera (1997: 179) lo titulan *Las paradadas en el sufismo, la inspiración y el consejo* (*Al-mawāqif fī l-taṣawwuf al-wa‘z wa-l-iršād*)⁽²⁶⁾.

- **El cinturón de los escuadrones** (*Wišāḥ al-katā’ib*). Es un tratado militar con las regulaciones de ‘Abd al-Qādir para formar un ejército permanente. Fue traducido por V. Rosetty en el *Spectateur Militaire* del 15 de febrero de 1844 y

la *šarḥ*, dirigido a los europeos. Esta obra será traducida al francés por Gustave Dugat con el título de *Le livre d’Abd-el-Kader intitulé Rappel á l’intelligent, avis á l’indifférent* (París, 1858), y posteriormente por René Khawan con el título de *Lettre aux français: notes breves destinées à ceux qui comprennent, pour attirer l’attention sur des problèmes essentiels* (París, 1977), que lleva un anexo: “Abd el-Kader en France: documents de l’époque”.

- (26) Lo escribió en Damasco, y es la explicación de aleyas, ḥadices y comentarios que impartió en la Mezquita Omeya (Jaśfa, 1983: 74). El material para esa obra empieza a recogerlo en Damasco a partir de 1856, a raíz de las preguntas que le hicieron varios *šayys* que le visitaron, como Muḥammad al-Jānī, ‘Abd al-Razzāq al-Bayṭār y Muḥammad al-Ṭantāwī -el cual luego extendería la Akbarīya por Egipto a finales del s. XIX-. Luego el emir la completa con otros escritos -372 textos en total- con respuesta a las preguntas de sus discípulos sobre aleyas coránicas, y les dio forma de libro antes de su muerte, fijando también su título, inspirado de nuevo en la noción de *mawqif* de Ibn ‘Arabī. ‘Abd al-Qādir era un erudito tan escrupuloso que envió a uno de sus familiares a Qonya para verificar su copia de las *Futūḥāt* de Ibn ‘Arabī con uno de sus manuscritos autógrafos. El libro fue impreso en El Cairo en 1903, pero no hay una edición impresa completa y definitiva, pues existen muchos manuscritos de esta obra con cantidad de variantes. Cf. Chodkiewicz, en *Abd el-Kader*, 1982: 26-27, 31, 39, 189n52. Abdelkader Benharrat (cit. en Cerbella, 1973: 348) lo considera un monumental comentario coránico. Hay varias traducciones parciales al francés, como la de Charles-André Gilis, *Poèmes métaphysiques* (París, 1983), la de Michel Chodkiewicz, *Écrits Spirituels* (París, 1982), que va precedida de una larga introducción y variados comentarios doctrinales, y la de A. Khurshid, *Le livre des haltes* (Lyon, 1996). Existe también una traducción íntegra al francés con numerosos índices y anotaciones, en 3 gruesos volúmenes, de Michel Lagarde, titulada *Le livre des haltes* (E. J. Brill. Leiden, 2000, 2001, 2002); el traductor, padre blanco que trabajaba en el Instituto Pontificio de Estudios Árabes e Islámicos de Roma, se basa en la edición árabe de Damasco de 1966 (Cf. Geoffroy, 2002: 185-187).

reeditado por L. Patorni en Argel en 1890.

- **Los caballos del Sahara.** En la biblioteca del IMA de París hay una obra del general Eugène Daumas con textos del emir Abd el-Kader titulada *Les chevaux de Sahara et les moeurs du désert. Avec des commentaires par l'Émir Abd-el-Kader* (París, 1998), tal vez reproducción de una edición de 1874 (París, Michel Lévy Frères Éditeurs), traducida del francés por A. de Cabanillas con el título *Los Caballos del Sahara. Publicado con autorización del Sr. Ministro de la Guerra* (Madrid, Imprenta de Higinio Reneses, 1853)⁽²⁷⁾.

- **Autobiografía (Sīra ḡāfiya).** Según Benharrat (cit. en Cerbella, 1973: 348), la escribe en el castillo de Amboise en 1849, y su manuscrito fue remitido a la Biblioteca Nacional por un generoso mecenas⁽²⁸⁾. Esta obra ha sido editada en francés, junto al texto árabe, por Hacène Benmansour con el título de *Autobiographie écrite en prison en 1849 [par l'emir Abdelkader] et publié par la premier fois* (París, 1995).

- **La cizalla afilada para hacer callar a quien desprecia la religión del Islam con la falsedad y la impiedad (Al-miqraḡ al-ḡāḡ li-qaf' lisān muntaqis ḡīn al-Islam bi-l-bāḡil wa-l-ilḡāḡ).** Esta obra la escribe hacia 1850, durante su cautiverio en Amboise, para defender el Islam y a los musulmanes de los ataques de un obispo católico, y en ella ya cita a Ibn 'Arabi, acusado de las más negras herejías por los portavoces de un esoterismo militante, que probablemente nunca le habían leído⁽²⁹⁾.

- **De la fidelidad de los musulmanes en observar sus tratados de alianza (De la fidelité des musulmans à observer leurs traités d'alliance et autres).** Es un tratado que, según Mornand (cit. en Yver, 1987: 44-45), 'Abd al-Qāḡir escribió durante su cautiverio en Amboise.

(27) Famoso por su amor a los caballos, 'Abd al-Qāḡir colabora en esta obra con el general Daumas, su amigo de los tiempos de Cónsul en Mascara entre 1837 y 1839. Cf. <http://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:F4CBjNtvASKJ:www.uniliber.com/autor/DAUMA-S-General.html+%22aBD+al-qadir+al-jazairi%22&cd=25&hl=es&ct=clnk&gl=es&source=www.google.es>

(28) Chodkiewicz (en Abdel Kader, 1982: 183n14) afirma que, con ocasión del centenario de la muerte del emir, las autoridades argelinas hicieron en 1983 una edición facsímil de un documento manuscrito, llamado "Documento Chevallier", conservado en la Biblioteca Nacional de Argel, con el título de *Al-sīra al-ḡāfiya li-l-amīr 'Abd al-Qāḡir*.

(29) Parece tratarse de otra de sus obras desconocidas que, según Benharrat (cit. en Cerbella, 1973: 348), fue redactada en respuesta a ciertos ataques de orden religioso. Y se editará en Beirut, sin fecha. Cf. también Chodkiewicz (en *Abd el-Kader*, 1982: 21).

- La *Correspondencia* del emir tiene también mucha importancia para conocer mejor su personalidad. A. Zouzou ha publicado *Correspondances de l'Emir Abdelkader avec le Général Desmichels et documents relatifs à l'époque* (Argel, 2003). Georges Yver publicó *Correspondance du capitaine Daumas, consul à Mascara (1837-1839)* en Argel, en 1912. Y en *Révue Africaine*, vol. 60 (1919: 94-111), hay también un artículo de George Yver, “Abd el Kader et le Maroc en 1838”, donde edita y traduce el texto árabe de dos cartas manuscritas del emir a al-Ṭālib b. Ŷallūn, el hombre que representaba sus intereses en Fez y que le proporcionaba el material de guerra que necesitaba.

3. ALGUNOS TEMAS DE SU POESÍA.

Como la mayoría de las obras y estudios sobre ʿAbd al-Qādir se refieren a su aspecto de héroe de la resistencia argelina o de místico, y sólo hay contadas versiones en lenguas occidentales de otro tipos de poemas del emir, vamos a seleccionar varios de ellos que den una idea de la variedad de temas que aborda.

Según Martínez Montávez (1958: 67) su época de reclusión en Toulon y en Amboise fue la más esplendorosa de su producción poética, añorando el desierto y su vida errante y esforzada. Y uno de sus poemas más famoso de esta época es “*No hay defectos en la vida nómada*” (*Mā fī l-badāwa min ʿayb*), titulado por algunos traductores como “Elogio de la vida beduina”, “El desierto” o “La vida del desierto”⁽³⁰⁾. Al presentar su traducción parcial de este poema, Martínez Montávez (1958: 67) define así a ʿAbd al-Qādir: “Auténtico jefe del desierto, diestro en el manejo del caballo y de las armas, su poesía tiene el poder de haber evocado, en pleno s. XIX, aquella existencia beduina y libre que, en gran parte, forma todo el meollo espiritual de la gran comunidad islámica”. Más tarde, Cerbella (1974: 28), al presentar su versión italiana completa del poema, destaca su originalidad, y cómo el emir, “de una manera conmovedora, exalta la vida beduina, la fascinación del desierto, el amor por un mundo primitivo en el que la solidaridad humana, el orgullo de la convivencia fraterna, el respeto a las tradiciones y la observancia de los deberes sociales tienen aspectos y características ejemplares y sugerentes. El conocimiento y la experiencia adquiridos en el seno de los nómadas no podían sino inspirar en el Emir el

(30) Existe una versión parcial al español de Martínez Montávez (1958: 69-70; 1985: 35-36; 1995: 231-232), otra francesa de Dermenghem (1979: 320-322) y otra italiana de Cerbella (1974: 30-32).

sentimiento de estima, de simpatía y entusiasmo por una sociedad en que la propia poesía es tradicionalmente una manifestación de vida, solidaridad, armonía y distracción de los que en ella conviven. Tomándola como ejemplo a seguir, exalta la vida beduina, que considera absolutamente carente de defectos, vicios, infamia y malevolencia”. El editor de su *Dīwān*, incluye una nota previa al poema:

Quando el emir estaba cautivo en Amboise, fue objeto de un homenaje por algunos sabios y notables de Francia, con los que mantenía correspondencia. Al preguntarle su opinión sobre algo en que habían discrepado -¿qué es preferible, el desierto o la vida urbana?- les respondió con el siguiente poema:

¡¡Oh, tú, que excusas a quien ama la vida urbana
y criticas al que ama la estepa y el desierto.
No censure unas casas de transporte ligero,
ni alabes las casas de piedra y barro!!
Si supieras lo que el desierto encierra, me excusarías,
pero lo ignoras, ¡y cuánto daño hay en la ignorancia!
Si hubieras amanecido en el desierto, elevado
sobre un tapiz de arena en que parecen perlas los guijarros ...
o hubieras recorrido un vergel cuyo aspecto reluce
en cada color hermoso, exquisito y perfumado,
habrías respirado una grata brisa que en el alma se expande,
al aspirarse, sin haber pasado por ninguna inmundicia.
Si en la mañana que sigue a una noche de aguacero
te hubieras subido a una atalaya o dejado vagar la mirada,
habrías visto en cada dirección de sus planicies
un tropel de animales paciendo las más olorosas plantas.
¡Qué momento! No deja tristeza en el corazón
apenado, ni afán en quien está inquieto!
A veces, nos adelantamos a la caza y la sorprendemos,
y la caza siente pánico de nosotros en esos momentos.
¡A cuántas avestruces macho hemos apresado con dañado en sus
hembras,
aunque estuvieran volando en el aire como sacres!
El día de la partida, cuando nuestros palanquines se ensillan,

son rojas anémonas⁽³¹⁾ cubiertas de lluvia por las nubes.
 Allí están las vírgenes, que con parches han hecho en ellos
 unas mirillas desde las que observan con miradas de huríes.
 Tras ellos marchan sus camelleros, entonando un zejel
 más grato que las cuerdas del laúd, la flauta y el salterio.
 Nosotros los seguimos galopando sobre excelentes corceles,
 con sus grupas y lomos adornados por sus gualdrapas⁽³²⁾.
 Perseguimos a los animales salvajes y las gacelas, y desde lejos
 los alcanzamos, sin que puedan salvarse de los corceles esbeltos.
 Por la noche volvemos al aduar, pues ya se han detenido
 en unos lugares en los que no hay la menor suciedad
 y cuya tierra es como almizcle ¡¡o aún más pura!!
 Generosas, las nubes les vierten su lluvia al anochecer y al alba.
 Encontramos las tiendas que ya se han plantado allí en hileras:
 son como el firmamento que brilla con rutilantes estrellas.
 Los que ya han muerto dijeron una sentencia
 que tradición y razón confirman, y la verdad no cambia:
 “*La belleza manifiesta su esplendor en dos objetos*”⁽³³⁾:
un verso de poesía y una tienda de pelo de camello”.
 Cuando, al anochecer, llegan nuestros rebaños, creerías
 que sus voces son como el retumbar del trueno al alba.
 Son los bajeles del desierto, aún más seguros para su jinete,
 que los bajeles del mar ¡cuántos peligros entrañan!
 Tenemos camellos meharíes más veloces que las gacelas.
 Con ellos y con los corceles obtenemos toda la gloria.
 Nuestros corceles siempre están ensillados para el combate,
 y quien nuestra ayuda busca recibe la buena nueva de la victoria⁽³⁴⁾.

-
- (31) Las anémonas, de intenso color rojo, florecen en el desierto en primavera cuando llueve. Y el color rojo lo aman los beduinos desde siempre (Ḥaqqī, en al-Īazā’irī, 1964: 46n2).
- (32) Aunque, según el editor de la edición árabe que se maneja, este verso significa: “su ornamento es el sudor que gotea” (Cf. Al-Īazā’irī, 1964: 47n1 y 2).
- (33) Literalmente, “*baytayn*”, pues el autor juega luego con dos significados del vocablo “*bayt*”, que significa a la vez “verso” y “casa” o “tienda” beduina .
- (34) En la versión francesa de Dermenghem (1979: 321) se incluyen aquí dos versos que no están en la edición árabe de su *Dīwān* de 1964 -“Hemos vendido, sin retorno, nuestro derecho a la ciudad / por la gloria, pues la gloria no se obtiene en las ciudades”-, tal vez presentes en otra

Somos los reyes. ¡Que nadie a nosotros se iguale!
 ¿Qué vida hay para quien vive en la vergüenza?⁽³⁵⁾
 No soportamos la opresión de quien es injusto, y le dejamos
 a él y a su tierra, pues todo el honor reside en el viaje.
 Si el vecino nos perjudica en su convivencia,
 de él nos separamos sin apuro y sin daño.
 De noche encendemos el fuego de la hospitalidad, que muestra,
 a quien a nosotros viene, que el hambre y el frío en él tienen
 remedio.
 Mas nuestro enemigo no halla ni asilo ni refugio,
 pues tenemos buenas monturas para la correría y el triunfo,
 cuya bebida es la leche, una leche no mezclada con agua.
 Y la leche de las camellas no es como la de las vacas.
 Los bienes de nuestros enemigos, en todo momento,
 decidimos repartirlos con equidad y en su justa medida.
 No hay en la vida nómada defecto que puedas censurar,
 salvo las virtudes viriles y la generosa limosna.
 Y la salud del cuerpo no es desconocida en el desierto.
 El vicio y la enfermedad se limitan a la vida urbana.
 Quien de nosotros no muere de una lanzada, vive mucho tiempo.
 ¡¡Somos, entre las criaturas de Dios, los que tienen la vida más
 larga!!
 (Texto árabe en al-Yaza'irī, 1964: 44-50, trad. C. M. Thomas).

Su amor a su país, a sus ciudades, por cuya independencia luchó, se refleja en el poema “*A tus órdenes, Tremecén*”(Labbay-ki, Tilimsān)⁽³⁶⁾, que le dedica ‘Abd al-Qādir a esta ciudad apenas tomarla el 30 de mayo de 1837 tras el Tratado de Tafna; pero, demasiado absorto en sus asuntos, confió el fin del poema a su secretario Qaddūr b. Muḥammad b. Ruwayla:

Tremecén tendió sus manos, virtuosa,

edición.

(35) Según Cerbella (1974: 31n6), en este verso alude a la invasión extranjera.

(36) Existe una versión italiana en Cerbella (1977: 245).

y respondí: ¡esa bella voz era su llamada!⁽³⁷⁾
 Se ha levantado las vestiduras (protectoras): ¡refúgiate en ellas,
 y refresca el corazón en el agua dulce de su rocío!
 ¡Descubre una flor del jardín de sus mejillas,
 y, entre los más brillantes jardines, sólo a ella desearás!
 ¡Cuántas veces los enemigos clavaron su vista
 en el velo de su hermosura, agrediéndola!
 ¡Cuántos anhelaron la belleza que contemplas,
 mas los derribó con su mirada y sus deseos!
 Aspiraban a besar el lunar de la rosa de su mejilla,
 pero ella escatimó lo que deseaban, y se alejaron.
 ¡Cuántos la pretendieron, sin tener su mismo rango,
 y no vieron ni una punta del bordado de la orla de su manto,
 mientras otros, al no acordar con ella un vínculo conyugal,
 ni la pudieron tocar, al no recibir de ella una clara aprobación!

El emir no pudo acabar su poema y encargó a su secretario que la completara por su cuenta, perfeccionando su expresión. Y así, dijo al-Sayyid b. Muḥammad b. Ruwayla:

Esta virgen no les concedió afecto alguno,
 y ellos no pudieron poseer su brillante hermosura.
 Ella se ciñó el cinturón del rechazo, preservando su belleza,
 sin que ellos pudieran gozar de las delicias de sus labios grana.
 Ella se les mostró astuta, displicente y seca,
 alejándolos y cerrando el paso a sus intenciones.
 Se frustraron las conjeturas, y los esfuerzos de los corruptos
 y los enemigos no obtuvieron aquí lo que ansiaban.
 Tlemecén ha sido liberada de sus ataduras,
 y se ha alejado, jurando que sólo será accesible
 al que es osado en sus juicios y en la guerra,
 al que ha protegido con celo -esta mañana- su santuario.
 Cuando conocí, por su sinceridad, que el trono

(37) La traducción literal debía de ser ella respondió, lo cual no tiene sentido, por lo que teníamos que modificar el empleo de los pronombres.

me proporcionaría y poseería su elevado rango,
 al no conocer a más protector que yo en la región
 ni a nadie que conociera mejor su derecho y su esplendor,
 me apresuré, resuelto y victorioso en mi pasión,
 a darle como dote amor, que fue su curación.
 Fui un esposo para ella. Y ella fue mi esposa⁽³⁸⁾,
 mi novia, mi reina, izando su bandera.
 La adorné con una túnica de gloria para que se pavonease.
 y ella se alzó orgullosa, dejando arrastrar su manto
 y proclamando: ¡¡^sAbd al-Qādir, mi salvador,
 que socorriste a los hombres de los mares de la pasión!!
 Ya que obtuviste mis tesoros con violencia,
 añádeme el honor de darme Argelia entera,
 Orán y los puertos con todo lo que contienen,
 convertidos en detentadores de tu protección por su deseo.
 (Texto árabe en *al-Ŷazā'irī*, 1964: 38-43).

^sAbd al-Qādir también escribió un poema de autoelogio (*fajr*) titulado “*El tiempo se enorgullece de nosotros*” (*Bi-nā iftajara al-zamān*), después de su victoria sobre cuatro ejércitos franceses y varias tribus que se habían aliado con ellos, una de ellas dirigida por el traidor cristianizado Yūsuf al-^sAnnābī:

Nosotros en toda noble acción tenemos parte,
 y tenemos hombres que superan a los astros.
 Para las nobles acciones incurrimos en todo espanto
 y penetramos en rugientes y tormentosos mares.
 Si otro, incapaz, es remiso en realizarlas
 nosotros, veloces, marchamos hacia ellas.
 Sólo con nosotros logra su objetivo
 quien clama ¡Eh, venid!, pidiendo socorro.
 La palabra “hombres” sólo nos designa

(38) Llamada “la perla del Magreb”, ha sido históricamente, y sigue siendo, una de las ciudades más interesante de Argelia por sus numerosos monumentos, y han sido muchos los literatos árabes que la han ensalzado en su prosa o en sus versos. Por ejemplo, Yahyà b. Jaldūn la compara con una joven en su lecho nupcial. Cf. Cerbella (1977: 243-244).

a nosotros, y de nosotros se consigue lo deseado.
 Tenemos el honor universal en toda época
 y confín. ¿No es eso acaso lo que se dice?
 Hemos liberado nuestra conducta de toda vileza,
 y mis palabras las ratifica la acción.
 ¡¡Si supiéramos que el agua de la nube menoscaba el honor,
 seríamos capaces de soportar la dureza de la sed!!
 La cumbre de la gloria –realmente- es elevada
 y puede alzarse tanto que en verdad sea inalcanzable,
 mas no hay inquietud ni temor deshonoroso
 ni lugar para el engaño y la traición entre nosotros.
 Somos indulgentes si los necios cometen un delito,
 y hacemos un favor antes de que éste se nos pida.
 Heredamos de los árabes una grandeza⁽³⁹⁾ que perdurará
 más de lo que perduren el cielo y las montañas.
 Con nuestro ancestro⁽⁴⁰⁾ se elevó la gloria de Qurayš,
 y más tarde la completaron nuestras hazañas
 A lo largo de las eras fuimos recordados,
 y de ello habla el Libro Sagrado, y aún perdura,
 pues entre nosotros sigue habiendo en cada época
 hombres que son auténticos hombres.
 Habían erigido desde antiguo grandes instituciones
 y con ellos se fomentaban las virtudes y nobles acciones.
 Tenían aspiraciones que hasta las Pléyades se elevaban.
 Eran defensores de la religión, y en la lucha perseveraban.
 Tenían el lenguaje de las ciencias, para las que había
 argumentos y espadas que el combate no mellaba.
 Preguntad, y os informará de nosotros Francia.
 Y, si un artículo habla de ella, lo ratificará.
 ¡Cuántas batallas he librado un día contra ellos,
 de las que se enorgulleció y se enorgullece el tiempo!
 (Texto árabe en *al-Ŷazāʿirī*, 1964: 34-37).

(39) En este verso se encierra un concepto de la arabidad que ʿAbd al-Qādir se adelanta a expresar un siglo, según nota del editor de su *Dīwān Mamdūh Ḥaqqī* (al-Ŷazāʿirī, 1964: 36n1).

(40) Se refiere al Profeta Muḥammad, de la tribu de Qurayš.

Pero su lucha no le hace insensible a sus seres más queridos, aunque trata de ocultar su deseo de estar con ellos, como le dice a su hijo mayor en “*El deseo lo esconde el inteligente*” (*Al-šawq yaktumu-hu al-arīb*), cuando éste le escribe, en nombre de su familia, añorándole al estar separado ellos cerca de un año en los campos de batalla:

¡Hijo mío! Si te provoca un día el deseo
cuando los corazones ansían nuestro encuentro
y buscas realizar unos anhelos y una unión
tras la que enseguida sane el afligido corazón,
has de saber que yo soy el primero en anhelarte
y que en mi corazón arde con llamas el fuego.
Mas, si escondo mi deseo en mi corazón,
es porque el inteligente esconde su deseo.
(Texto árabe en *al-Ŷazāʾirī*, 1964: 107).

Pero, una vez abandonado el campo de batalla, deja aflorar sus sentimientos, por lo que es capaz de escribir el intenso poema amoroso titulado “*Tu separación es fuego*” (*Firāqu-ki nār*), que envió desde Estambul a su esposa, que estaba en Brusa, sintiendo nostalgia por ella en los días en que buscaba que el Sultán turco accediera a trasladarle a Damasco en 1854:

Le digo a un ser amado que se quedó atrás, lejos de mí:
“Enfermo estoy por el dolor de la lejanía y la separación.
Si tú vieras realmente mi pasión por tí,
se mitigaría tu pena por la fuerza del amor”,
Y tú dirías: “Le veo al pobre atormentado por la ausencia
y extenuado, realmente, hasta un límite extremo”.
Te afligiría lo que he sufrido por la fuerza de tal tormento
y dirías: “¿Cómo puede arrojarte a ese destino el deseo?”
Yo –lo juro por Dios- vivo en perpetua congoja,
y el fuego de la pasión es brasa en mi pecho.
Estoy ahogado, preso de la enfermedad, herido en las entrañas,
y abrasado por el fuego del abandono, la tristeza y la lejanía.
Estoy ahogado y abrasado. ¿Habéis oído algo semejante?

¡¡En el corazón tengo fuego, y lágrimas en la mejilla!!
 Mi nostalgia, mis gemidos, mis suspiros, mi pérdida,
 mis lágrimas y mi sumisión han revelado lo que me pasa.
 Es asombrosa mi paciencia ante toda desgracia
 y para soportar cargas que cualquier cálculo rebasan.
 No temo en absoluto las espadas ni las lanzas
 el día en que las cabezas se tornan vaina de espadas.
 Ni me aterra el avance de las filas de soldados y su estruendo
 el día en que el niño y los imberbes encanecen,
 ni sus vastas extensiones cuando se oscurecen, ni su relámpago
 como espadas, ni el ruido de los cañones como el rayo.
 Lo que me aterra, lo que anega mis ojos de lágrimas
 y consume mi corazón y lo daña hasta el infinito
 es la separación de la persona que amo, sea madura o púber,
 mientras mi corazón no lo ocupan ni Suḥād ni Hind.
 Ella ocupó un lugar que nadie antes había ocupado
 ¡Y qué imposible es que otra lo ocupe o lo obtenga!
 Ella me enseñó antes el deseo y también la pasión,
 y a llorar con derrame incesante de lágrimas.
 Ella me ha obligado a velar de noche, vigilando las estrellas,
 cuando duerme quien se asusta con la lejanía y la distancia.
 Si los montes de Raḍwā⁽⁴¹⁾ soportaran algo del deseo que yo soporto,
 sus rocas se derretirían por la intensidad de la pasión.
 ¡Ah!¿Tendrá fin en esta separación? Se ha alargado tanto
 que me he imaginado que duraría hasta la tumba.
 ¡Ah!¿Será generoso el destino tras nuestra separación,
 y nos reunirá? Mas el destino fluye en sentido contrario.
 ¿Me podré quejar a ti del dolor que he pasado,
 de lo que mi debilidad ha soportado y mi esfuerzo ha curado?
 Para que lo sepas, madre de mis hijos:
 Tu separación es fuego y tu cercanía, paraíso.
 (Texto árabe en *al-Ŷazā’irī*, 1964: 76-79).

(41) Raḍwā: cadena montañosa al sudoeste de la Península Arábiga, a un día de distancia del puerto de Yanbūʿ. De esas montañas se sacaban las piedras para afilar las espadas y se exportaban a otros países (Maʿlūf, 1966: 217).

También valora mucho a los amigos. Cuando el emir se rindió a los franceses y fue confinado en el Castillo de Amboise, cerca de París, no se le permitió que le acompañara más que su familia. Al cabo de unos años se permitió que le visitaran algunos ulemas de Argelia y Marruecos, amigos suyos. Un día acudió a verle al-Sayyid Muḥammad al-Šāḍilī, de Constantina, que era un famoso ulema. El emir le dio la bienvenida con el poema “*¡Bienvenido, amigo!*” (*Ahlan bi-l-ḥabīb*), que estaba lleno de afecto e incontenible alegría:

¡Bienvenido sea el amigo que llega!
 Este día, para mí, es la mejor de las fiestas.
 Ha llegado la alegría acompañando a su venida,
 y se ha alejado lo que antes me perseguía.
 Te sacrificaría la valiosa vida, visitante,
 sin echarte el favor en cara, sin arrepentirme.
 Pregunté mucho por ti a los viajeros por deseo
 de contemplar tu rostro orgulloso y bello.
 No es de extrañar que yo os tuviera afecto
 antes de veros, ¡hermosura del universo!
 Mis ojos tenían celos de mis oídos
 hasta que te vi a ti hablando conmigo.
 Había disfrutado de los favores que me hiciste
 al mostrarme, con anterioridad, la certeza del mundo.
 Y ahora, por su realidad y por lo que veo, tengo la certeza
 de que la alegría es mi compañera de mesa.
 ¡Oh, tocayo del epígono de los santones⁽⁴²⁾!
 Tienes la nobleza, tomada de él, del más sublime de los maestros.
 Tú, que en la virtud eres único por su grandeza,
 no tienes quien pueda compararse contigo.
 Sigues siendo un espíritu afortunado, virtuoso,
 de éxito ascendente, y amigo de acciones nobles.
 (Texto árabe en *al-Ŷazā'irī*, 1964: 98-99)

También escribe otro poema de añoranza de sus hermanos, que nos sigue

(42) Se refiere al maestro ṣūfī Abū l-Ḥasan 'Alī al-Šāḍilī.

descubriendo su vertiente más humana. Al empeorar la situación de los combatientes que le acompañaban, muchos de ellos se vieron forzados a darse a la fuga. Algunos marcharon a Marraquech, donde habían enviado a sus familias desde hacía tiempo. Entre éstos se hallaban tres de sus hermanos: Saʿīd, Muṣṭafā y Ḥusayn, a los que ʿAbd al-Qādir les envió en 1842 el poema titulado “*Se me hace eterna la noche, queridos míos*” (*Tāla laylī, yā aḥbābī*):

¡Oh, niñas de mis ojos y espíritu de mi cuerpo!
 ¡Oh, primavera de mi corazón y mi mejor apoyo!
 Fuisteis mi consuelo, y mi corazón
 os amaba más que al hijo y a la riqueza.
 Desde que os alejasteis, el destino ha arrojado
 en mis ojos una flecha, con la que no veo a nadie.
 ¿Acaso puede agradar algo a mis ojos sin vosotros?
 ¡No, por Dios! Ni en lo serio ni en las bromas.
 Desde que os fuisteis, derretisteis mi corazón,
 y mis lágrimas se desbordan de tristeza.
 La paciencia se agotó, pero no se agotó
 el dolor, ni creo que jamás se agote.
 Se marchitó lo que estaba maduro y fresco.
 Se debilitaron los huesos, y sólo quedó la piel.
 Desde que desaparecisteis, desapareció mi alegría,
 y mi corazón ya no se regocija en la discusión.
 Mi vida sin vosotros -desde que os ausentasteis-,
 es para mí una mera sinécdoque de lo que era.
 Se prolongó mi noche, queridos míos, y nadie
 salvo el Único, el Eterno, conoce mi situación.
 ¡Cuánto grito, Saʿīd, cuando surge la alborada!
 ¿Acaso me responderá una aparición?
 ¡Tú, Muṣṭafā, me devolverías el alma al cuerpo!
 ¿Acaso hay medicina para el que está triste?!
 El amor por Ḥusayn me llenó de nostalgia, como lo hizo
 lo que por designio de Dios está ausente en el corazón.
 ¿Acaso el destino será generoso, tras tanta lejanía,
 y nos acercará? Daría vida a un muerto que no revivía.
 Si se cumpliera para mí lo que tanto esperé,

me volverían al cuerpo mi persona y mi alma.
 ¡Oh, hermanos, descendientes de un único padre!
 Vosotros sois mi provisión, mi tesoro y mi apoyo.
 Sed para mí como lo que fueron aquellos
 que me precedieron, gente de esfuerzo irrefutable.
 Si me sonrío la fortuna, dad con generosidad.
 Si me vuelve la espalda, conformaos con el afecto.
 Para vosotros, mis mejores saludos, y los más gratos,
 que hasta el infinito se sucederán sin descanso,
 e incluyen, dondequiera que estén, a los seres amados.
 Cada ser amado es para mí el más deseado hermano.
 (Texto árabe en *al-Ŷazāʿirī*, 1964: 135-137).

Otra de las vertientes por las que es más conocido ʿAbd al-Qādir es su poesía mística, ya aludida. Aunque iniciado en la orden sufí Qādirīya por su padre, ʿAbd al-Qādir se unió a la Naqṣabandīya en Damasco, de la mano del maestro Jālīd al-Naṣṣabandī. También siguió asociado a lo largo de su vida a la tradición no oficial de la Akbarīya, un nexo que le llevó a ser enterrado junto al intelectual epónimo de su padre, Muḥyī l-Dīn Ibn ʿArabī, a cuya doctrina siempre estuvo adherido. Su penúltima “apertura” (*fath*) en el sufismo fue de la mano de otro maestro de la Akbarīya, Muḥammad al-Fāsī al-Šādīlī⁽⁴³⁾, a quien encontró en La Meca en 1863: cuando ʿAbd al-Qādir peregrina a los lugares santos del Islam, tiene ocasión de conocer al *šayj* sufí Muḥammad al-Fāsī, con el cual mantiene una larga conversación cerca de la Kaʿba, y luego van a la célebre caverna del monte Ḥīra, donde el Profeta, gracias a la aparición del ángel Gabriel, había tenido su primer éxtasis tras la revelación divina. El emir, profundamente emocionado y sugestionado por la permanencia en la caverna, sólo se aleja de ella cuando se siente invadido por la gracia divina, estado de ánimo que pone de relieve en el primer verso de su poema “*Mi maestro sufi*” (*Ustādī al-šūfī*). El editor de su *Dīwān* en árabe, Mamdūh Ḥaqqī, incluye una

(43) Muḥammad al-Fāsī residía entonces en La Meca, donde morirá nueve años después de su encuentro con ʿAbd al-Qādir, que había partido en peregrinación al-Ḥiyyāz a principios de enero de 1863. El emir llega por mar a Alejandría, desde donde se dirige a El Cairo, a Ŷidda y finalmente a La Meca. Y se va a quedar medio año en Arabia, viajando también a Tāʿif y a Medina, donde pasa dos meses, para volver de nuevo a La Meca y luego retornar a Siria. Cf. Cerbella (1973: 348), Chodkiewicz (en *Abd el-Kader*, 1982: 23, 25-26) y Cornell (1995: 4).

nota previa al texto de este extenso poema, del que sólo podemos incluir aquí unos fragmentos:

En el emir poeta había una tendencia mística que le empujaba a establecer relación con los místicos y šayjs de las cofradías cuando tenía oportunidad de relacionarse con ellos. En su libro Kitāb al-mawāqif está lo mejor que se le reveló en este campo. Haciendo la peregrinación, se encontró con el devoto šayj al-Sayyid Muḥammad al-Fāsī, jefe de la cofradía al-Šāḍilīya, del que fue discípulo y de cuya doctrina bebió. Esta su hermosa humildad se constata en el siguiente poema:

¡Oh, ser dichoso! ¡La felicidad, el bien y la riqueza han llegado!
 Los ejércitos de la desgracia han huido, sin que quede traza de ellos.
 Las noches de alejamiento, separación, distanciamiento
 y lejanía de los maestros ya han desaparecido del recuerdo.
 Sus días se habían vuelto tan oscuros y tenebrosos
 como noches sin estrellas que dieran luz, sin luna llena.
 Mi lecho lo llenaban la preocupación y la pena
 sin que hallara deleite ni de costado ni de espaldas.
 En mis noches gritaba, con el corazón rendido de pasión
 y el fuego del sufrimiento abrasando las entrañas del pecho:
 “¡Oh, mi Señor! Se ha alargado la separación, y se ha agotado la
 paciencia,
 ¡oh, mi Señor! ¿Acaso a esta noche le seguirá el alba?
 ¡Oh, Tú, que asistes a quien pide socorro! ¡Ayuda a un hombre
 consternado al que causa dolor la lejanía de sus seres amados!”.
 Preguntaba a todas las criaturas si había algún informador
 que me diera noticias de vosotros, pues eso me reanimaría,
 hasta que me llegó, desde una larga distancia,
 la llamada del maestro: “¡Acércate, que tengo para ti un tesoro!”.
 Me remangué los bordes de mi túnica, y volé
 llevado por el ala de un deseo que no temía romperse.
 Para este amigo, La Meca no estaba lejana,
 ni le disuadían sus llanuras ni sus escabrosos terrenos,
 hasta que, en las vaguadas cercanas, arrodillamos
 a nuestras monturas que se alegraron al quitarles la silla.
 Unas vaguadas en las que está la Casa Excelsa,

la Ka'ba, una *qibla* cuya gloria nada la supera.
 Unas vaguadas en la que la caza lícita está prohibida,
 y quien ahí la considere lícita comete un pecado.
 Vino en persona a mí el educador de los sabios, sin presunción,
 pues la importancia, para él, se encontraba en el tema,
 y me dijo: “Desde hace varias peregrinaciones
 esperaba encontrarme contigo, ¡luna llena!,
 pues eres mi hijito desde hace muchos años, y este momento
 -en verdad- estaba contenido en la Tabla⁽⁴⁴⁾ y las Sagradas Escrituras.
 En tiempo anterior a nosotros, tu antecesor, el Profeta,
 te dio vuestra provisión en nosotros, ¡y qué hermosa provisión!”
 Besé a sus pies su tapiz. Y añadió él: “Tengo para ti
 una buena nueva”. Y ahí se decidió el destino.
 Ha vertido el elixir de su secreto en mi oro,
 y le dijeron: esto es oro purísimo en polvo.
 Con ello me refiero al maestro de los hombres, al maestro
 de quien tiene turbante de ulema y está en lugar destacado.
 Es mi refugio, mi protector, mi sostén y, además, mi cueva
 y mi armadura cuando enseña sus dientes el tiempo.
 Es quien me socorre y salva de las manos de los enemigos,
 quien me ilumina y protege cuando me invade la aflicción,
 quien revitaliza mis despojos, cuando ya era un cadáver,
 y él, que es la vida, me hace obtener una vida que es mi vida (...).
 Que Dios le dé a nuestro *šayj*, por nosotros, la mejor recompensa,
 esa que reserva a un guía. La recompensa sólo de Él emana.
 ¡Oh, mi Señor! Soy esclavo de tus favores, por los que ahora
 poseo un tesoro, pues la miseria espiritual me ha abandonado (...).
 (Texto árabe en *al-Ŷazā'irī*, 1964: 197-201, 212).

Y, dado que los poemas sufíes son los más traducidos de ‘Abd al-Qādir, nos limitamos finalmente a destacar un poema titulado “*Unidad del ser*”

(44) Se refiere a *al-lawḥ al-mahfūz*, la Tabla bien guardada, texto original de la Escrituras reveladas que Dios guarda en el cielo (Corán, 85: 22) Cf. Cortés (1996: 1041).

(*Waḥdat al-wuḥūd*)⁽⁴⁵⁾, ya que en él se resume la adhesión del emir a las doctrinas de su maestro Ibn ʿArabī, que está en la base de su actitud respetuosa hacia todas las religiones. Se trata del Poema XVIII y, junto a los otros que traduce Gilis, figuran en la parte introductoria del *Kitāb al-mawāqif*, donde se expresa la “realización metafísica” de ʿAbd al-Qādir:

Soy Dios y soy criatura.
 Soy Señor y soy esclavo.
 Soy Trono y soy estera extendida.
 Soy Paraíso y soy infierno.
 Soy agua y soy fuego.
 Soy aire y soy tierra dura.
 Soy el cuánto y soy el cómo.
 Soy encuentro y soy extravío.
 Soy esencia y soy atributo.
 Soy cercanía y soy lejanía.
 Todo ser es mi Ser.
 Soy el Solo, soy el Único.
 (Texto árabe en *al-Ŷazāʿirī*, 1964: 225).

CONCLUSIÓN

Muy valorado por sus compatriotas, y por los árabes en general, por su lucha contra los franceses, como prueba la cantidad de libros y artículos que le dedicaron y le siguen dedicando⁽⁴⁶⁾, esa valoración puede resumirse en la

(45) Poema que ha sido traducido al francés por Gilis en *Poèmes métaphysiques* (ʿAbd al-Qādir, 1983:67) y por Chodkiewicz en *Écrits Spirituels (Abd el-Kader, 1982: 177)*, el cual señala en su introducción (p. 32) que la traducción correcta de *wuḥūd* en este contexto es la de “ser”, no la común de “existencia”, ya que se refiere a la piedra angular de la doctrina de Ibn ʿArabī, a la que se adhiere el emir en sus escritos y que es imprescindible para pertenecer a la escuela akbarí.

(46) La vigencia de este personaje la ponen de relieve algunos autores franceses de varios géneros que escriben sobre los acontecimientos del Protectorado francés sobre Argelia y la lucha de los argelinos por su independencia. Por ejemplo, Victor Hugo evoca al emir ʿAbd al-Qādir como “el hombre fiero del desierto”, “el soñador misterioso (...) que da a beber a las espadas”. Y también en la literatura argelina del s. XX diversos escritores, entre ellos Yacine Kateb en *Nedjma*, muestran su voluntad de recuperación del pasado y resucitan a las grandes figuras de la resistencia del siglo XIX, como la del emir ʿAbd al-Qādir, al que describe como

descripción que de él hace Jašfa (1983: 73): “Es el hombre de la espada y la pluma”, o en las palabras que le dedica el editor de su *Dīwān*, Mamdūḥ Ḥaqqī (en *al-Ŷazāʾirī*, 1964: 7): “La vida del luchador emir ʿAbd al-Qādir al- Ŷazāʾirī es una de las vidas de héroes más rica de los tiempos modernos, por su sacrificio y combate a fin de lograr el sagrado ideal: la fe, la libertad, la dignidad...”.

Pero no faltaron en su tiempo otros que le criticaron. Como dice Dejeux (1982: 16-17, 26), la poesía épica o satírica argelina no se dirigía sólo contra los invasores, sino a veces contra otra tribu u otro hombre, dada la división tribal en 1830. El propio ʿAbd al-Qādir no siempre es elogiado: si en su entorno había poetas que defendían el honor de los árabes y alababan la fuerza, la generosidad y la grandeza de este jefe, la restauración de la fe musulmana y el consentimiento unánime de la población, otros se declararon sus enemigos: por ejemplo, un tal Sī Muḥammad al-Burŷī, antiguo caíd de una aldea arruinada por el emir, no cesaba de lanzar injurias contra él, su familia y sus orígenes, y le comparaba con malicia con otros grandes jefes anteriores. Y, en la Mitidja, los poetas locales alababan especialmente a su lugarteniente, Muḥammad b. ʿAllāl, pues sus hagiógrafos árabes parecían preferirle a su jefe, al considerarle como el puro representante del alma magrebí, que “nunca cambió por una pensión de retiro del rumí la gloria que había ganado en el combate y porque prefirió morir antes que someterse”, en clara alusión a la rendición de ʿAbd al Qādir en 1847.

En la crítica occidental hay valoraciones de diverso tipo y matiz, aunque en la mayor parte se destaca su faceta de combatiente. Martínez Montávez (1985: 35) resume así su vida y su carácter: “Curiosa es la personalidad del emir argelino ʿAbd al-Qādir (...). Campeón de la resistencia de su país a la conquista francesa, tuvo que rendirse por fin a la potencia colonizadora y, tras una estancia de algunos años en tierras galas, se retiró a Oriente, desarrollando una destacada actividad pacifista en Siria durante las terribles matanzas del año 1860, y ya

“el único jefe capaz de unificar las tribus para elevarse al estadio de nación” (Dejeux, 1982: 16, 69-71). Incluso se han realizado películas sobre este personaje, entre las que se puede destacar el documental *En busca del emir Abd El-Qader*, de Mohamed Latrache (Francia 2004, 52 minutos). En él se narra la vida del emir, emblemática figura del nacimiento de la moderna Argelia, que se caracterizó por su lucha contra la ocupación francesa, y que acabó exiliado en Siria, donde murió. La Argelia independiente le considera como el primer fundador de la nación. Este documental incluye interesantes reflexiones de la mano del académico francés Bruno Étienne, según consta en una nota de Casa Árabe de 23 de abril de 2010.

buen amigo de los franceses. Algunas de sus poesías nos traen el eco temático y sentimental de atávicos anhelos beduinos, algunas de las dimensiones más queridas del alma árabe”.

Vernet (1968: 175), que le destaca entre los poetas del siglo XIX, le describe como “paladín de la resistencia de sus compatriotas ante la invasión francesa”. Igonetti (1997: 179n3) señala que, aunque es más conocido por su genio militar, ha dejado una importante producción literaria: un *Dīwān* poético y otras obras en que diserta sobre el misticismo y filosofía. Y para Pérès (1969: 34), sus obras *Nuzhat al-jātir* y *Dikrā l-ʿāqil wa-tanbīh al-gāfil* le otorgan un buen lugar en las letras árabes del s. XIX.

Yver (1987: 44) piensa que ʿAbd al-Qādir, perteneciendo por nacimiento a la aristocracia religiosa, fue ante todo un creyente convencido. Su fe era ardiente y su místico entusiasmo suscitó la admiración de sus correligionarios e incluso impresionó a los pocos europeos que tuvieron la oportunidad de acercarse a él. Más teólogo que guerrero, conocía bien el Corán y las ciencias religiosas, haciendo libre uso de las armas espirituales, adoptando textos para servir a sus fines y combatiendo a sus enemigos con la elocuencia tanto como con las armas. Pero también fue suficientemente inteligente como para hacer uso del fanatismo, de cuya sinceridad no deberíamos dudar, por su ambición personal. Fue musulmán tanto en sus defectos como en sus cualidades. Aunque indudablemente leal, recurría sin escrúpulos a la perfidia y el artificio para asegurar el triunfo de su causa, que confundía con la del Islam. Justo desde el punto de vista oriental, era generoso y humano, pero también sangriento e inmisericorde cuando lo consideraba necesario para intimidar a sus enemigos. En resumen: fue más un digno descendiente de los fundadores del Imperio Magrebí en la Edad Media -por ejemplo, de ʿAbd al-Muʿmin-, que un reformador imbuido de ideas europeas.

Por otro lado, Gino Cerbella (1974: 28), que ha dedicado varios artículos a su faceta literaria, destaca sus contribuciones como estadista, filósofo, teólogo, poeta, místico y educador. Señala que ʿAbd al-Qādir es una de las figuras más interesantes del mundo musulmán del siglo XIX y que ha pasado a la historia más como héroe nacional de Argelia -aspecto políticomilitar del combatiente por la causa nacional no siempre evaluado objetivamente por varios autores de su época- que por el aspecto social, religioso y cultural de su compleja personalidad, su genialidad, su preparación y su fe.

Según Naravas (2010: 7), con el tiempo su figura ha sido utilizada como símbolo de diversos intereses, dando lugar a varios mitos sobre ʿAbd al-Qādir, basados en aspectos aislados de su actuación o su personalidad: el mito colonial, creado por la propaganda francesa en Argelia, de un bárbaro fanático que degollaba a los franceses; el mito oficial argelino, de un guerrero precursor de la revolución argelina; el mito berberista, como contestación al poder argelino, de un traidor a la causa nacional por su rendición; y el mito islamista, de un padre de la patria musulmán, por lo que el estado actual debe ser islamista. Pero la realidad de su compleja personalidad y sus escritos refutan todos esos mitos. Su postura, desde el fin de su lucha por la independencia, va a estar en consonancia con su firme adhesión al principio de la “Unidad del ser” de su maestro Ibn ʿArabī, que puede resumirse con los versos finales del “*Poema XI*” de su *Kitāb al-mawāqif*:

“En Mí está todo lo que los hombres esperan:
Para quien lo quiera el Corán (...)
Para quien lo quiera la Torah, para tal otro el Evangelio (...)
Para quien lo quiera la Mezquita donde rezar a su Señor.
Para quien lo quiera la Sinagoga. Para quien lo quiera la Campana y
el Crucifijo.
Para quien lo quiera la Kaʿba cuya piedra se besa con piedad.
Para quien lo quiera imágenes, para quien lo quiera ídolos.
Para quien lo quiera, retiro o vida solitaria (...).
En Mí está lo que era. En Mí está todo lo que existe”
(ʿAbd al-Qādir, 1983: 53).

BIBLIOGRAFÍA

- ABD EL-KADER, Emir, 1982: *Écrits Spirituels [Le Livre des Haltes / Kitāb al-Mawākif]*. Presentado y traducido del árabe por Michel Chodkiewicz. Éditions du Seuil. París.
- ABD EL-QADER L'ALGERIEN, Emir, 1983: *Poèmes métaphysiques*. Traducción y presentación de Charles-André Gilis. Éditions de l'Oeuvre. París.
- BARBULESCO, Luc, 1994: reseña de la obra de Bruno Etienne Abdelkader. *Isthme des isthmes*. París. Hachette, 1994. *Correspondances*, nº 18, pp. 3-7.
- BENISON, Kate, 1996: abstract de su Tesis Doctoral *Holy War and Rebellion: the Moroccan estate in the early 19th century and the Algerian jihad of ʿAbd al-Qādir (1832-1847)*. *The Maghreb Review*, vol. 21, nº 3-4, p. 310.
- CAMERA D'AFLITTO, Isabella, 1997: *La letteratura del Maghreb. Recupero della tradizione o risposta all'egemonia culturale?*. Nº monográfico de *Oriente Moderno*, XVI, nº 2-3.
- CALBERG, A. M., 2010: "Abd al-Qadir al-Jaza'iri". http://en.wikipedia.org/wiki/Abd_al-Qadir_al-Jaza'iri.
- CARBELLA, Gino, 1973: "Emiro ʿAbd el-Qāder, poeta místico". *Oriente Moderno*, LIII, nº4, pp. 347-358.
- CARBELLA, Gino, 1974: "La vita beduina nella poesia dell'emiro ʿAbd el-Qāder". *Oriente Moderno*, LIV, nº 1-3, pp. 28-32.
- CARBELLA, Gino, 1977: "Tlemencen nella poesia dell'emiro ʿAbd el-Qāder". *Oriente Moderno*, LVII, nº 5-6-, pp. 243-245.
- CORNELL, J. V., 1995: "Al-Ŷazāʿrī, ʿAbd al-Qādir". *Oxford Encyclopedia of Islam*. Vol. I, pp. 3-4.
- CORTÉS, Julio, 1996: *Diccionario de árabe culto moderno*. Gredos. Madrid.
- DEJEUX, Jean, 1982: *La poésie algérienne de 1830 a nos jours*. 2ªed. Editions Publisud, París.
- DERMENGHEM, Émile, 1979: *Les plus beaux textes arabes*. Ed. D'aujourd'hui. París.
- EPALZA, Mikel de, 1976-77: reseña de *La monnaie de L'Emir Abd-el Kader (Sikkat al-Amīr ʿAbd al-Qādir (1836-1942))*, de Mounir Bouchenaki. Argel. 1976. *Almenara*, 10, pp. 230-231.
- GEOFFROY, Eric, 2002: reseña de ʿAbd al-Qādir al-Ġazāʿirī *Le livre des Haltes (Kitāb al-Mawāqif)*, tomes I et II, présentés, traduites et annotés par

- Michel Lagarde. Brill, Leiden, 2000-2001. *Studia Islamica*, nº 94, pp. 185-187.
- GRÜNEBAUM, G. E. von, 1981: *El Islam. II. Desde la caída de Constantinopla hasta nuestros días*. Ed. Siglo XXI. Madrid.
- “L’INTIME FRATERNITE. Loge maçonnique de Tulle”.s.d. <http://intime-fraternite-tulle.com/planches/Abd%20El%20Kader.html>
- JASFA, Nadīm, 1983: “Baṭal ‘arabī fī dīkrā-hu al-mi‘awīya. ‘Abd al-Qādir al-Ŷazā‘irī”. *Maṣallat al-Dawḥa*, agosto, pp. 70-74.
- MA‘LŪF, Luwīs, 1966: *Al-munŷid fī l-luga*. Al-Maṭba‘a al-Kāṭūlikīya. Beirut.
- MARTÍNEZ MONTÁVEZ, Pedro, 1958: *Poesía árabe contemporánea*. Escélicer. Madrid.
- MARTÍNEZ MONTÁVEZ, Pedro, 1985: *Introducción a la literatura árabe moderna*. 2ª ed. corregida y ampliada. CantArabia. Madrid.
- MARTÍNEZ MONTÁVEZ, Pedro, 1995: *Taracea de poemas árabes*. El Legado Andalusí-Fundación Rodríguez Acosta. Granada.
- NARAVAS, 2010: “Abdelkader le Magnifique (1808-1883)”. 26 de enero. <http://anglesdevue.canalblog.com/archives/2010/01/26/16678961.html>
- PÉRÈS, Henri, 1969: *La littérature arabe et l’Islam par les textes. Les XIX^e et XX^e siècles*. 6ª ed. rev. y corr. Adrien Maisonneuve. París.
- VERNET, Juan, 1968: *Literatura árabe*. 2ª ed. Ed. Labor. Barcelona.
- AL-ŶAZĀ‘IRĪ, ‘Abd al-Qādir, 1964: *Dīwān al-Amīr ‘Abd al-Qādir al-Ŷazā‘irī*. Introducción y edición de Mamdūḥ Ḥaqqī. Beirut. Al-Maṭba‘a al-Ta‘āwunīya al-Lubnānīya.
- YVER, George, 1919: “Abd el Kader et le Maroc en 1838”. *Revue Africaine*, vol. 60 (1919) 94-111.
- YVER, George, 1987: “Abd al-Kadir”. *E.I.*, I, pp. 43-45.